

UN AREA TURBULENTA EN AFRICA

Una gran parte del Continente africano se encuentra sometido, desde hace años, a la acción violenta de enfrentamientos y disidencias internas, así como a conflictos exteriores que originan, en su mutua interacción, un ambiente de inquietud e inestabilidad cuyas consecuencias tienen insospechada gravedad.

Entre esas zonas neurálgicas a las que nos referimos existe una, la Nordeste, donde los problemas llegan al máximo grado de complejidad y turbulencia. En esa área encontramos, simultáneamente, los siguientes enfrentamientos de orden internacional: etíope-somali, etíope-sudanés y somali-kenyano. A estos conflictos, cotidianamente operantes, se pueden agregar ciertas diferencias entre Etiopía y Kenya (amortiguadas) y otras del Sudán con Chad y Uganda, a las que no vamos a referirnos ahora. Dos conflictos internos (etíope-eritreo y sudanés norte-sur, este último muy largo y sangriento) completan el alarmante panorama de tensiones y luchas que tienen por escenario esa región africana.

En 1950, la Comisión Política Especial de las Naciones Unidas adoptaba la decisión de constituir Eritrea, la antigua colonia italiana, en «unidad autónoma federal con Etiopía, bajo la soberanía de la Corona etíope». La resolución preveía que el Gobierno de Eritrea poseía los poderes legislativos, ejecutivo y judicial en los asuntos internos, mientras que la jurisdicción del Gobierno federal se extendía a los asuntos exteriores, defensa nacional, presupuesto, comercio y puertos. La resolución aseguraba la igualdad absoluta de derechos entre los habitantes de la Federación. Desde 1952 a 1962, Eritrea constituyó, efectivamente, esa unidad federada de Etiopía, pero desde dicha fecha pasó a ser una provincia más del Imperio, que consolidaba de tal forma su salida al mar¹.

¹ Anteriormente a la incorporación de Eritrea sólo podía disponer Etiopía del puerto francés de Yibuti—el mejor del mar Rojo—, a través de un ferrocarril mal servido, que sólo el año 2018 pasará a Etiopía.

Esa decisión provocó el abierto descontento de una parte de sus habitantes, la población musulmana, que se declaró en abierta rebeldía contra Addis Abeba, y fundó el «Frente de Liberación de Eritrea», que está representado en la mayoría de los países árabes. Especialmente ha provocado una grave tensión con el Sudán, país al que el Gobierno de Haile Selassie ha acusado, en reiteradas ocasiones, de ayudar al movimiento rebelde eritreo animándolo a que organice y arme en su territorio, así como de acoger a sus dirigentes en régimen de absoluta libertad de movimientos, facilitando sus contactos con los insurgentes. En el Sudán, ciertamente, se refugian los eritreos fugitivos de las autoridades imperiales. El 14 de febrero de este año, el ministro sudanés del Interior, Abdallah Nugdalla, declaraba que siete mil eritreos se habían refugiado en el país para «escapar a las torturas que los etíopes aplican a los nacionalistas que piden el derecho de autodeterminación».

Evidentemente, la cuestión de Eritrea ha sido un motivo de permanente fricción entre los dos Gobiernos. Anteriormente a la decisión de la O. N. U. de 1950, Sudán reivindicaba la provincia oriental de Eritrea en razón de su aplastante mayoría musulmana. Los Estados Unidos, opuestos a verificar un reparto del territorio, se inclinaron por favorecer la anexión a Etiopía en el marco de una unión federal. La Unión Soviética propugnaba la independencia de Eritrea, aunque solicitaba que cediese parte de su territorio a Etiopía para asegurar al Imperio acceso al mar a través del puerto de Assaba. Antes de la anexión, la mayoría de la población cristiana de Eritrea (que se concentra principalmente en Hamassien, provincia y alrededores de Asmara y provincias de Serai y Akele Gazia) manifestó, ante la Comisión de Encuesta de la O. N. U., sus puntos de vista favorables a la unión con Etiopía, en razón de que en este país el cristianismo es la religión de la mayoría de sus habitantes. Pero la población musulmana eritrea (mayoritaria en la costa del mar Rojo y provincias occidentales) formularon reservas ante esta proyectada incorporación, aun cuando fuese en forma federal. Puede comprenderse el disgusto, irritación más bien, que germinó en estas poblaciones islámicas cuando Addis Abeba adoptó la determinación de transformar su país en una provincia del Imperio.

De entonces data esta rebeldía, que aún no ha sido aplacada y que se manifiesta en cualquier momento que considera propicio, procurando enturbiar las relaciones exteriores de Etiopía. Así ocurrió el 15 de octubre de 1966, cuando llegaba a El Cairo—en la cuarta etapa de su viaje por el nordeste africano y Oriente Medio—el emperador Haile Selassie. El momento de su entrada en la capital egipcia fue escogido por los secesionistas eritreos que allí

residen, para congregarse, en manifestación hostil, ante la Embajada etíope gritando consignas antiabisinias. La policía actuó contra los revoltosos—que habían penetrado en el edificio y quemado un coche diplomático—, deteniendo a 35 de los 150 que habían participado en la demostración. Al día siguiente, el subsecretario egipcio de Asuntos Exteriores, Ahmed Hassan Elzay, se personaba en la Embajada etíope para entregar una nota con las excusas oficiales de la República Árabe Unida por estos incidentes.

En vista de que los sucesos de Eritrea se incrementaban de forma alarmante, Haile Selassie efectuaba un detenido recorrido por la provincia en enero del año actual. En Asmara pronunciaba un significativo discurso, en el que denunciaba los manejos subversivos y exhortaba al pueblo a la vigilancia: «Los fuera de la ley que nos combaten—decía—son desgraciados que reciben subsidios del extranjero para sembrar la subversión entre los propios hermanos. Pero Etiopía dispone de los medios necesarios para defender su integridad.» La subsiguiente huida de millares de eritreos a Sudán, que hemos mencionado anteriormente, demuestra que el conflicto se acentúa progresivamente.

De todo ello resulta una peligrosa tensión etíope-sudanesa, que se acrecienta por hechos subsidiarios. Entre ellos el más importante sucedió el 22 de febrero del pasado año, cuando la policía sudanesa descubría, en los alrededores de Jartum, el cadáver mutilado de un exiliado político etíope, Tessama Kabad Tesfai, que actuaba como secretario del «Frente de Liberación» y que acababa de regresar a la capital sudanesa de un largo viaje por el África oriental. Según los antecedentes que se exhumaron, Tesfai había sido agente del Servicio de Información etíope y estaba implicado en el fracasado golpe de Estado de diciembre de 1960 contra el emperador. Esta muerte misteriosa suscitó una oleada de acusaciones mutuas entre Addis Abeba y Jartum. Los primeros acusaban a las autoridades sudanesas de albergar un enemigo declarado del régimen etíope, permitiéndole continuar en sus contactos con otros elementos activos afines y difundir consignas subversivas. En Jartum se acusaba a las autoridades etíopes de haber organizado el secuestro y asesinato de Tesfai. El día 24, el embajador abisinio rechazaba categóricamente las acusaciones lanzadas días antes de su muerte por Tesfai, en las que indicaba que se sentía amenazado. El embajador precisó que no había intervenido en el asunto.

Consciente de la gravedad que implica tal situación de tensión mutua, los Gobiernos de Addis Abeba y Jartum han realizado algunos esfuerzos para superar las causas de sus diferencias. Podemos recordar que el 24 de junio del pasado año se reunían en Jartum una Delegación sudanesa, presidida por el

jefe del Gobierno, Ahmed Mahgub, y otra etíope, que presidía el ministro de Defensa, teniente general Merrid Menkesha. El objetivo de estas conversaciones era hallar las bases de un acuerdo que pusiese fin al conflicto fronterizo entre los dos países. Pero las diferencias subsisten y no han sido eliminadas las causas. Ultimamente, el 23 de febrero pasado, el emperador Haile Selassie llegaba a Jartum para una visita oficial de cuatro días, durante los cuales mantenía conversaciones con el presidente del Consejo Supremo sudanés, Ismail el-Azhari, y el jefe del Gobierno, Saddik el-Mahdi. Las entrevistas no parecen haber aportado cambios significativos en la actuación, y ciertos detalles ocurridos esos días² indican que persisten los recelos y desavenencias.

Con respecto a la República de Somalia, Etiopía mantiene querellas a causa de las tribus nómadas somalíes. En 1884 y 1886 dichas tribus y la Gran Bretaña firmaron acuerdos «para el mantenimiento de la independencia y el orden». El tratado angloetíope de 1897 creaba la frontera del protectorado de Somalia y transfería a la soberanía y jurisdicción del Imperio abisinio los territorios habitados por las tribus protegidas. Esto originó interminables violencias, puesto que los somalíes no se conformaron jamás con la delimitación del protectorado, al ser los habitantes de Somalia los mismos que los del Ogaden etíope. De tal forma existe una nutrida masa de seres de ciudadanía etíope que poseen una vinculación étnica profunda con los somalíes y que se encuentran escindidos por fronteras políticas. El pacto angloetíope de 1954 decidía que las tribus de Somalia no debían mezclarse en actividades políticas en las zonas reservadas y el Haud. De tal forma, casi la mitad de la población quedaba reducida a esta situación de excepción, por lo que cuarenta sultanes y jefes del Ogaden se refugiaron en Mogadiscio solicitando asilo político. La Delegación de Somalia en la O. N. U. declaraba (el 8 de febrero de 1957): «La inexistencia de una línea precisa de demarcación es una causa de malestar para las poblaciones del Ogaden y para su actividad fundada en la ganadería. Aunque desde el punto de vista étnico las tribus de raza somalí se extienden más al norte, una solución satisfactoria sería la fijación de la frontera somalo-etíope en la línea de demarcación existente en 1936.» Todo ello tenía por consecuencia la aparición esporádica de incidentes armados, algunos de los

² Un considerable número de miembros de la Asamblea rehusaron asistir a la ceremonia del recibimiento, especialmente los seis diputados de la Carta islámica, los comunistas y miembros del partido unionista. Varios centenares de estudiantes se manifestaron en las calles de la capital contra la visita del emperador, gritando consignas favorables al Movimiento Nacionalista de Eritrea. Cuarenta de ellos fueron detenidos.

cuales llegaban a revestir gravedad. Así, en enero de 1960, se producían serios incidentes en el Haud etíope debido a que las tropas abisinias negaban el acceso a las fuentes a los nómadas somalíes. El Gobierno de Addis Abeba elevaba una enérgica protesta al de Londres y pedía que ordenase a esos nómadas el regreso a la Somalia británica. Poco más tarde, en julio de dicho año, la República de Somalia adquiriría la independencia, y este acontecimiento no hacía, en definitiva, sino aumentar la gravedad de la situación, porque las autoridades de Mogadiscio se sentían espoleadas por el deseo de dar una solución favorable a sus intereses en el viejo pleito del «irredentismo» del Ogaden. De tal forma, la tensión entre los dos países se fue incrementando gradualmente, hasta que en enero de 1961 se producían sangrientos combates fronterizos, a consecuencia de los cuales (según comunicaba el jefe del Gobierno somalí el 3 de dicho mes) morían más de un millar de personas. Según la versión de Addis Abeba, los somalíes habían atacado en masa a las fuerzas de policía de Danot (provincia de Ghebredane), que habían logrado rechazar el asalto causando severas pérdidas al enemigo. Recordaba a las autoridades de Mogadiscio que los derechos de pastoreo en Etiopía debían de ajustarse al tratado de 1897, que estipula la prohibición de llevar armas. Lentamente se fue restableciendo la calma, siquiera fuese precaria, a lo largo de la frontera, aunque no por ello dejaron de registrarse esporádicos incidentes³.

Finalmente, el 6 de febrero de 1964, el ministro etíope de Información comunicaba que el día anterior treinta «bandidos» somalíes habían sido muertos por las fuerzas de seguridad en la provincia de Giggija. El choque inicial ampliaba, progresivamente, su violencia, hasta el punto de que el día 8 el Gobierno imperial decretaba el estado de urgencia en la frontera y daba cuenta de que en los combates, en el área citada, intervenían dos mil soldados regulares somalíes, habiendo muerto más de cien de ellos y sufrido la pérdida de nueve soldados propios. La cifra se ampliaba, el día 10, a más de trescientos muertos en cada uno de los bandos, y el combate se generalizaba con intervención de armas pesadas y moderno material bélico, planteándose una grave amenaza de guerra formal pese al llamamiento que hacía el secretario general de la O. N. U. para que depusiesen las armas. La Organización de la Unidad Africana, a la que había apelado Etiopía el día 9, seguía sin decidirse a inter-

³ El más grave fue el comunicado por el ministro etíope de Información el 19 de enero de 1964, respecto a un choque armado en el que habían muerto 26 «bandidos» somalíes.

venir, manifestando una lenidad que los años no han hecho sino acrecentar. El presidente somalí, Abdullah Osman, declaraba que «la acumulación de tropas etíopes a lo largo de los 1.500 kilómetros de frontera muestran el claro deseo del Gobierno etíope de realizar un plan de agresión en gran escala contra la República somalí». Ambos contendientes rechazaron la oferta del presidente del Sudán, general Ibrahim Abbud, de actuar como mediador. Finalmente, el 14 de febrero, se reunía la O. U. A. en Dar es-Salaam y acordaba dirigir un llamamiento para el alto el fuego. Esta recomendación no era escuchada y los combates de gran envergadura proseguían con grandes pérdidas para ambos bandos. Hasta tal punto carecía de eficacia la actuación del alto organismo africano que Etiopía declaraba, el día 27, que prefería resolver bilateralmente el conflicto que mantenía con Somalia. Haile Selassie hacía saber, el 18 de marzo, que estaba dispuesto a la celebración de las indicadas negociaciones bilaterales que habían sido aprobadas por la conferencia de Lagos, y el 24 de dicho mes comenzaban en Jartum las negociaciones somalo-etíopes. No por ello se interrumpían las luchas, que ocasionaron varios cientos de víctimas adicionales, especialmente por los combates de Debo Goryalle, ocurridos mientras las dos Delegaciones estaban sentadas a la mesa de las conferencias. El acuerdo llegaba el 30 de marzo y fijaba una zona desmilitarizada de 10 a 15 kilómetros a ambos lados de la frontera, se acordaba el cese de toda propaganda hostil y la creación de una comisión mixta encargada del cumplimiento del primer punto. Desde entonces se ha mantenido una cierta paz en la frontera, interrumpida por choques periódicos de menor cuantía ⁴.

Además de las reivindicaciones somalíes sobre el Ogaden etíope existe otro motivo suplementario de tensión entre ambos países: la Somalia francesa, o Costa francesa de los Somalíes, que se extiende sobre 23.000 kilómetros cuadrados casi enteramente desérticos. Está poblada por unos 125.000 habitantes, en su mayoría Danakils o Affars e Issas, de etnias, etíopes y somalí, respectivamente, en número casi igual por ambos bandos (además de unos miles de europeos y árabes). En este territorio—prácticamente desprovisto de todo recurso económico natural, ya que solamente el puerto y el ferrocarril que le une a Addis Abeba proporcionan ingresos—la hostilidad que mantienen entre sí los dos grandes grupos de población hace difícil la convivencia que, hasta el momento, han mantenido las fuerzas francesas, impidiendo que los dos sectores raciales se exterminen mutuamente. Solamente, mediante este recurso a la

⁴ De ellos, el más importante fué el ocurrido el 31 de marzo de 1966.

presencia armada, ha logrado Francia, que desde 1884 hizo acto de presencia, allí, evitar un clima de violencia que se desataría, indudablemente, en el momento en que sus tropas fueran retiradas. La secular enemistad racial reviste ahora un barniz político al haber creado, ambos grupos, sus respectivos partidos políticos: el Partido del Movimiento Popular, que engloba a las diversas formaciones que congregan a los issas, y los partidos Afar (Unión Democrática Afar y Bloque Democrático Afar), mediante los cuales estos últimos sostienen su programa de mantener el territorio bajo Estatuto francés.

El precario equilibrio conservado entre los dos grupos étnicos por la autoridad francesa permite hacer gobernable la Costa de los Somalíes. Pero durante el viaje por cuatro continentes del general De Gaulle (agosto 1966), las ruidosas manifestaciones con que le acogió Yibuti hacían patente deseos, muy extendidos, de lograr la independencia. Un total de veintiún muertos causaron los disturbios entonces desencadenados, ochocientas treinta y dos personas fueron expulsadas a la República de Somalia y el gobernador, Tirant, fue destituido.

La peligrosa situación de inestabilidad interna se complica por las reivindicaciones que Etiopía y Somalia mantienen sobre la Costa, lo que da alcance internacional a su futuro. Tanto Addis Abeba como Jartum la consideran como parte integrante de sus naciones respectivas y aspiran a anexionársela. Pero la realidad es que ninguno de los dos Estados puede fundamentar sus pretensiones en argumentos irrefutables. Ambos poseen fronteras limítrofes con la Somalia francesa, y la población está dividida, puesto que una parte es de raza somalí y otra de origen etíope. Haile Selassie se apoya en argumentos de orden histórico, según los cuales, inmemorialmente etíope, hasta el siglo XIX, la Somalia francesa había sido siempre el pulmón del Imperio⁵. A su vez, durante largos años, los dirigentes somalíes han acariciado la idea de constituir su país con los territorios que actualmente lo forman, más la Somalia francesa y los territorios de Etiopía y Kenya, habitados por individuos de su raza. El jefe del Gobierno de Somalia, Hussein Abdirazak, mantenía, el 28 de octubre de 1966, largas conversaciones en París con su homólogo francés, Pompidou, al que declaraba el punto de vista de Mogadiscio, consistente en

⁵ El 16 de septiembre, el emperador, en conferencia de Prensa, declaraba que la Somalia francesa «había formado parte siempre de Etiopía, y nosotros no reclamamos con esto nada que pertenezca a otras naciones». Afirmó que la Costa francesa de los Somalíes formaba parte integrante de Etiopía por razones históricas, económicas, estratégicas, étnicas y geográficas.

que, por su posición geográfica y población, la Costa de los Somalíes es parte integrante de la República de Somalia, aunque indicaba que su país sólo consideraba en estos momentos la necesidad de que Francia concediera la independencia al territorio. Es decir, que Somalia se conformaba con la independencia segura de que la anexión se produciría inmediatamente. Se trataba, pues, de un plan que conduciría al mismo objetivo, pero a través de dos etapas. Esto había sido anteriormente expuesto por el presidente somalí, Abdullah Osman, en septiembre del mismo año, cuando afirmaba que la política de su país «estaba interesada primero en la independencia de la Somalia francesa, quedando en segundo plano la unión de ambas Somalias», y por ello, durante la sesión del Comité de Descolonización de la O. N. U. (junio de dicho año), la delegación somalí invitaba a las Naciones Unidas a que ejercieran presión sobre Francia para que concediera inmediatamente la independencia a la Costa de los Somalíes. El Gobierno de París optó por celebrar un referéndum para que los habitantes pudiesen escoger entre adquirir la independencia o permanecer con el Estatuto de territorio francés de Ultramar. Los resultados del referéndum, celebrado en el pasado mes de marzo, arrojaron un 60,4 por 100 de sufragios favorables a la permanencia de la situación actual y los restantes favorables a la independencia. Los votos negativos proceden de la población somalí Issa, que deseaba romper los lazos con Francia. Estos resultados constituyeron una grave contrariedad para el Gobierno de Mogadiscio, que se ha negado a considerar válidos los resultados ⁶ y decretó tres días de duelo nacional.

De tal forma, el mantenimiento de la soberanía francesa en la Costa de los Somalíes evita una doble guerra: la civil entre los dos grupos étnicos rivales, que la habitan, y la internacional entre Etiopía y Somalia, que pretenden anexionársela. Y que el proyecto estaba a punto de pasar a vías de hecho lo demuestra el que el 18 de marzo en las fronteras de la Costa se habían producido importantes concentraciones de tropas etíopes y somalíes ⁷ que

⁶ El enviado somalí, Omer Arten, declaraba el 23 de marzo que Somalia no reconocía los resultados del referéndum, puesto que el «sí» a Francia estuvo «arreglado».

⁷ Se comprobaba la presencia de tres mil hombres de la Guardia Imperial y otras unidades del Ejército etíope a menos de 50 kilómetros de la frontera y la concentración de efectivos militares somalíes en número semejante. El tránsito ferroviario en dirección a Yibuti había sido detenido y todas las locomotoras y material eran estacionadas en los montañas etíopes al oeste de Yibuti para permitir al Ejército Imperial ponerse en marcha rápidamente.

hubieran chocado inevitablemente entre sí en el momento en que las fuerzas francesas, de haber triunfado el «no», abandonasen el territorio.

Una vez celebrado el escrutinio, las autoridades de Yibuti decidían expulsar a dos millares de personas, que estaban consideradas como ciudadanos de la República de Somalia entrados clandestinamente en la Costa. Mogadiscio se negaba a aceptar a los expulsados⁸, mientras que Etiopía, por el contrario, los acogía. Esto ha motivado una enérgica protesta de Somalia, que Addis Abeba rechazaba el pasado 15 de abril. Un comunicado del Ministerio de Asuntos Exteriores afirmaba que «la protesta somalí contra la acogida en Etiopía de refugiados procedentes de Yibuti no tiene ningún sentido y es más bien una ingerencia en los asuntos internos etíopes, contraria a las Cartas de la O. N. U. y de la O. U. A.».

También con Kenya ha tenido, en el pasado, graves incidentes Etiopía, aunque en los últimos años parecen haberse atenuado las diferencias. El 11 de noviembre de 1957 se producían graves incidentes entre tribus fronterizas de ambos países en territorio etíope, a 15 kilómetros al nordeste del lago Rodolfo⁹, a consecuencia de los cuales fueron recogidos 23 cadáveres etíopes. Más tarde, el 4 de diciembre siguiente, 89 miembros de la tribu de los Turkanas, originarios de Kenya, eran muertos por nómadas de la tribu guerrera etíope de los Merilla (o Geluba) mientras pastoreaban sus rebaños en territorio sudanés¹⁰. A petición del Gobierno de Nairobi, el Foreign Office, por intermedio del embajador británico en Addis Abeba, formulaba una enérgica reclamación, reiterada cuando, el 12 de diciembre, quince pescadores Turkana eran muertos a orillas del lago Rodolfo por guerreros Merilla procedentes de Etiopía,

⁸ En un comunicado publicado en la O. N. U. el 28 de marzo, la República de Somalia anunciaba que no dejaría entrar en su territorio a los súbditos de la Costa francesa de los Somalíes, que las autoridades de Yibuti deportan en masa al otro lado de la frontera». El comunicado censuraba estas expulsiones, «que totalizan más de ocho mil personas, hombres, mujeres y niños, que son contrarias a los derechos del hombre y al derecho internacional. Aun comprendiendo los sufrimientos de estos seres, el Gobierno somalí no puede facilitar la tarea de las autoridades francesas, aceptando a los refugiados en su suelo e impidiéndoles, por tanto, volver a sus hogares». La cifra de 8.000 expulsados ha sido desmentida, en un comunicado publicado en mayo por Billotte (ministro de Estado encargado de los departamentos y territorios de Ultramar), que da un total de 2.001 adultos (1.101 hombres y 900 mujeres, sin niño alguno) expulsados.

⁹ En el lugar llamado *Aratgrad* (los cuatro árboles).

¹⁰ Por acuerdo concluído entre Kenya y Sudán, esa tribu tiene derecho a introducir sus ganados y aprovecharse de los pastos en territorio sudanés, al noroeste del lago Rodolfo.

Esta situación ha hecho que Etiopía, inquieta por las reivindicaciones somalíes y su tensión con el Sudán, se esfuerce por afianzar su posición. En tal sentido, el emperador se trasladaba a Moscú para conferenciar con los dirigentes soviéticos. Las conversaciones, que se han desarrollado durante los días 27 al 30 del pasado mes de febrero, tuvieron un resultado, muy satisfactorio para Haile Selassie, ya que logró obtener la promesa soviética de respaldar la integridad territorial de su reino después de haber protestado por el envío de armas rusas a Somalia, que «servían para aumentar la tirantez en la frontera somalo-etíope». Previamente, en Wáshington, había solicitado nuevos envíos de armas y material bélico norteamericano para reforzar el Ejército, que ya es el más potente del Africa negra oriental¹¹. Somalia, a su vez, ha procedido en los últimos años a montar un potente dispositivo militar reforzando su Ejército con moderno material procedente de los países del Este, especialmente de la U. R. S. S. Constantemente viene recibiendo cargamentos con este fin¹², e incluso se ha hablado de que la Unión Soviética está montando una base militar en territorio somalí¹³.

Somalia mantiene también una grave discrepancia con Kenya por causa de las tribus de origen somalí, que se encuentran en las provincias del norte de dicho país¹⁴. Mogadiscio reclamó, antes de que la Gran Bretaña concediese

¹¹ Debido, fundamentalmente, a la ayuda norteamericana. El 23 de mayo de 1953, Etiopía y Estados Unidos habían firmado un acuerdo para asistencia y defensa mutuas. El Gobierno norteamericano se comprometía a proporcionar a las Fuerzas Armadas abisinias el equipo militar y la instrucción necesarias. «Esta decisión—declaró en aquella ocasión el presidente Eisenhower—ha sido adoptada en consideración a la importancia estratégica de Etiopía en el marco del Oriente Medio y de la importancia de la fuerza defensiva etíope en esa región». Desde entonces, una Misión militar americana permanente procedió a la reorganización del Ejército abisinio, suministrándole material moderno e instrucción adecuada. La guerra de Corea proporcionó a los efectivos etíopes que participaron en el conflicto un intenso entrenamiento práctico, complementado por las frecuentes permanencias que en las Escuelas de guerra de los Estados Unidos han verificado los oficiales superiores.

¹² El último conocido fué recibido el 2 del pasado mes de diciembre.

¹³ Ya el 7 de febrero de 1964 el presidente malgache Philibert Tsiranana acusaba a Somalia de haber accedido a la construcción de esta base de importancia vital en el área y que costaría 60 millones de dólares. Pero estas afirmaciones han sido desmentidas por Mogadiscio.

¹⁴ Las regiones del Norte, en su extremidad oriental, y nordeste de Kenya, limítrofes con la República de Somalia, están ocupadas por tribus de origen somalí (unos 150.000 seres), que gravitan en torno a los núcleos urbanos de Mandera y Wajir. Por su filiación étnica y costumbres son distintas de las tribus Boran, Kamba y Galla, en cuyos límites viven, que son las avanzadas de las tribus propiamente kenyanas.

la independencia a Kenya, que dichas tribus y el territorio que habitan fuese incorporado a la República de Somalia. El Gobierno británico se negó a alterar las fronteras kenyanas, y como consecuencia de ello se registraba una profunda reacción antibritánica¹⁵, que culminó con la ruptura de relaciones anglosomalíes el 14 de marzo de 1963. Desde entonces, Somalia no ha cesado de acudir a los organismos internacionales, singularmente la O. U. A., para que se reconozca a dichas tribus el derecho de autodeterminación, lo que no ha logrado hasta el momento, principalmente porque la O. U. A. considera intangibles las fronteras coloniales de los actuales Estados africanos.

Mogadiscio apoya activamente las actividades terroristas de los somalíes irredentos, que han constituido un Frente de Liberación Nacional, facilitándoles armas y ayuda militar de sus propias fuerzas armadas. De tal forma se vienen sucediendo sangrientos incidentes¹⁶, que han causado centenares de víctimas, sin que se vislumbre una solución al dramático problema.

El grado de tensión entre los dos países es muy alto y puede degenerar en una guerra formal. Ultimamente, el 22 de abril, el Gobierno de Nairobi ha acusado a la República de Somalia de «entregarse a una campaña de agresiones» contra su territorio, y anuncia que va a adoptar todas las medidas pertinentes para poner fin a las mismas¹⁷; y hace pocos días, el 17 de mayo, fuerzas somalíes del «Movimiento para la Liberación del Distrito Norte de Kenya» mantenían un fuerte combate—en el que fueron destruidos un avión y siete vehículos blindados—con tropas de Kenya. Según Mogadiscio habían

¹⁵ v. Julio COLA ALBERICH, *Kenya en el panorama del Africa Oriental*, en esta REVISTA, número 68.

¹⁶ En los últimos años, los incidentes más importantes han sido los registrados en marzo de 1962 (que requirieron el empleo de más de mil hombres), 29 de octubre de 1963 (con muerte de 37 personas), 19 de noviembre y 16 de diciembre del mismo año, que motivaron la declaración del estado de emergencia. Posteriormente a la independencia podemos señalar los encuentros ocurridos en Makeri (marzo 1964), región de Garba Tula (octubre 1965), Moyale (noviembre del mismo año), distrito de Wajir (agosto de 1966, con más de 50 muertos), Mandera (enero de 1967). En marzo pasado, según noticias de Mogadiscio, se produjo un combate en el que 24 soldados de Kenya y siete somalíes habían resultado muertos. El asunto aumenta, así, últimamente su gravedad, porque las escaramuzas no se limitan a la intervención de «nacionalistas» (según los somalíes) o «bandidos» (según Nairobi), sino que participan tropas regulares de ambos países.

¹⁷ En noviembre de 1966, el Gobierno de Nairobi declaraba que esperaba convencer a los países árabes para que no suministraran armas a Somalia, «que las utilizaban contra las provincias del norte de Kenya. El Ejército somalí suministra minas y armas modernas y envía instructores a los bandidos que atacan nuestras tropas».

JULIO COLA ALBERICH

resultado muertos cuarenta y cinco soldados adversarios. La nota agregaba que «los nacionalistas no se rendirán jamás y combatirán hasta que les sean reconocidos sus legítimos derechos».

Con todos estos pleitos y tensiones, que hemos relatado escuetamente, la paz africana se halla permanentemente amenazada en esa región. La O. U. A., cuya misión es la de arbitrar la solución de los conflictos entre Estados, ha sido incapaz de resolver las causas originarias de los que están allí vigentes, y la consecuencia es que subsiste una explosiva situación que llena de temor y amenaza el porvenir del continente entero.

JULIO COLA ALBERICH.